

## El patrimonio bibliográfico religioso en México

**E**n la *Crónica de la Universidad*, De la Plaza y Jaén se refiere a su fundación en 1553 de manera lapidaria: "Construyó su casa la sabiduría". En efecto, al erigirse ese año la institución creada a iniciativa de fray Juan de Zumárraga se hacía realidad lo que había sido tan sólo un símbolo del saber. Maestros y estudiantes, cátedras y libros constituyeron desde entonces la casa de la sabiduría.

Pocos años antes, al ser nombrado obispo de México, fray Juan de Zumárraga obtuvo del emperador y de su Consejo una fuerte suma que consagró a la compra de libros destinados a formar la primera biblioteca, la de su catedral destinada a la formación de la juventud, a la ilustración de los jóvenes que debían regir la cultura mexicana. Desde años tan lejanos el destino de México, el proyecto social y cultural de este país, quedaba ligado al saber, al estudio, al libro.

El anhelo de Zumárraga, del virrey Mendoza y del Cabildo de la ciudad de apoyar y fomentar el cultivo de la sociedad a través de los estudios universitarios, de la lectura de los mejores libros y al lado de los maestros más sobresalientes, se hizo realidad ese año de 1553. Ya antes se había realizado

**El oidor y obispo Vasco de Quiroga realizaría, bajo la influencia de Moro, uno de los experimentos sociales más relevantes de nuestra historia.**

también el deseo de establecer en la gran Temistitán, como se nombraba a México, una imprenta. El taller establecido en 1539 por el bresciano Juan Pablos, dependiente de los grandes impresores sevillanos, los Cromberger, colmaba las aspiraciones del prelado de contar con un taller de impresión en el cual pudieran editarse las obras que exigía el desarrollo de la Iglesia mexicana y el cultivo de la sociedad novohispana.

Zumárraga, que había estado en relación con los Cromberger desde antes de su venida a México, a más de comprarles ejemplares de los libros editados por ellos, debió influir para que Jacobo Cromberger se decidiera a establecer una sucursal de su empresa en la capital de la Nueva España, celebrando contrato con Juan Pablos para que éste marchara a México con la imprenta, instrumentos y papel para impresión, hecho que tuvo lugar en 1539, esto es, hace poco más de 450 años.

El obispo aportó a Nueva España su propia biblioteca que contaba, según los inventarios que se conocen, con muy selectos libros. Uno de ellos, la *Utopía* de Tomás Moro, obraría no sólo en el hacer y en el quehacer de Zumárraga, sino de varios hombres que trataron de convertir en realidad lo ideado en esa obra. Un egregio, el oidor y obispo Vasco de Quiroga, realizaría, bajo la influencia de Moro, uno de los experimentos sociales más relevantes de nuestra historia. Otros libros tienen como tema la espiritualidad que alentaba a nuestros primeros prelados y señalan cómo las ideas de renovación religiosa que bullían en la Iglesia europea, entre otras las de Erasmo, influían en el ánimo de los hombres de Iglesia que evangelizaban estas tierras. Asimismo, debemos mencionar que el primer obispo de Tlaxcala-Puebla, el dominico humanista fray Ju-

lián Garcés, también tenía fama de poseer contados pero selectos libros.

Fray Juan encontró en el taller de imprenta de Juan Pablos el auxiliar más valioso que pudo tener para cumplir sus misiones de evangelizador y de organizador de la Iglesia mexicana.

De las prensas Cromberger-Pablos saldría el mismo año en que se estableció la imprenta, 1539, *La Breve y más compendiosa Doctrina Christiana en lengua mexicana y castellana, que contiene las cosas más necesarias de nuestra sancta fe cathólica, para aprovechamiento destes indios naturales y salvación de sus ánimas*. Este libro es revelador del esfuerzo del obispo por elaborar una Doctrina breve y compendiosa que debería utilizarse para catequizar en su propia lengua a los indios y también servir a la naciente Iglesia de criollos y mestizos. Un segundo libro, ordenado éste por don Vasco de Quiroga e impreso con aprobación de todos los obispos, es el *Manual de Adultos*, impreso por Pablos en 1540 y que señalaba cómo administrar correctamente el bautismo a los indios. El *Manual* fue redactado siguiendo un manual breve romano y adicionado en México con autorización de los preladados. En 1543 aparecerá la *Doctrina breve muy provechosa de las cosas que pertenecen a la fe Cathólica y a nuestra cristiandad en estilo llano para común inteligencia*, compuesta por fray Juan de Zumárraga, y una última obra que citamos, de gran espiritualidad y eficacia religiosa aparecida en 1544, es el *Tripartito del Christianissimo y consolatorio doctor Juan Gersón, de doctrina christiana a cualquiera muy provechosa*. Esta obra es una explicación de los mandamientos, un auxilio para el examen de conciencia y una ayuda para el buen morir. Revela, además, cómo nuestros primeros hombres de Iglesia cuidaban la religiosidad del pueblo de

**Fray Juan encontró en el taller de imprenta de Juan Pablos el auxiliar más valioso que pudo tener para cumplir sus misiones de evangelizador y de organizador de la Iglesia mexicana.**

**La llegada a Nueva España de las órdenes religiosas, así como la creación de diversas diócesis, fortalecieron a la naciente Iglesia y dieron lugar a la aparición de colegios para la formación de sacerdotes y religiosos y para la enseñanza de los indios.**

Dios, utilizando las herramientas más idóneas para el fortalecimiento de su fe, instrumentos contenidos en los libros cuya edición prohijaban.

Si examinamos los anales de la imprenta mexicana veremos que fueron libros europeos y otros redactados aquí por las mejores mentes, los que apoyaron la acción de la Iglesia mexicana.

La llegada a Nueva España de las órdenes religiosas: los franciscanos en 1523-1524, los dominicos en 1526, los agustinos en 1533 y la Compañía de Jesús en 1572, así como la creación de diversas diócesis: la de Tlaxcala-Puebla en 1527, la de México en 1531, la de Antequera de Oaxaca en 1535, la de Michoacán en 1536, la de Chiapas en 1539, más la de Guatemala creada en 1534, fortalecieron a la naciente Iglesia y dieron lugar a la aparición de colegios para la formación de sacerdotes y religiosos y para la enseñanza de los indios.

Todas estas instituciones requirieron libros religiosos y de oración, y principalmente para la enseñanza clerical y civil.

Europa, en donde proliferaban las imprentas, producía obras de toda especie, las cuales fueron aportadas a Nueva España enriqueciendo de esta manera las bibliotecas que se formaron en diversos lugares de México y constituyeron un rico fondo bibliográfico, de hecho el más rico de América y que no ha sido todavía suficientemente estudiado. De las posteriores casas de impresión instaladas en México, como la de Antonio Espinosa (1559-1575), Antonio Álvarez (1563), Pedro Ocharte (1563-1592), Antonio Ricardo (1577-1579), por no citar sino las del siglo XVI, salieron también obras admirables como el *Missale Romanum* (1561), la *Doctrina Christiana* (1563), un *Psalterium* (1584) y un *Antiphonario* (1589).

Los religiosos aprovecharon tanto las imprentas mexicanas como las españolas, y utilizaron el catecismo y la cartilla como instrumentos para difundir el Evangelio y la cultura. Enseñaron a los indígenas el alfabeto y con él no sólo les hicieron aprender el español y aun el latín sino que les ayudaron a salvar su propia cultura, pues el bilingüismo que casi siempre utilizaron logró que no se perdiera uno de los elementos fundamentales de la cultura de todo pueblo: la lengua, que es la llave del alma.

Para ello formularon cartillas y doctrinas simples, cuyos modelos europeos bien conocían, y aportaron catecismos y catones del Viejo Mundo adecuándolos a las necesidades americanas. Aprovecharon con sabiduría los beneficios de la letra impresa, y fue la Iglesia la que favoreció el establecimiento de la imprenta que se hizo en México en 1539, en Perú en 1580, en Puebla en 1640 y en Guatemala en 1660. En el siglo XVI salieron de prensas mexicanas cerca de trescientas cartillas, catecismos, doctrinas, vocabularios y artes bilingües y aun trilingües, resultado del estudio y metodización de las lenguas indígenas propias de esta inmensa área.

Las instituciones creadas para la educación de la niñez y la juventud, tanto indígena como criolla y mestiza, los colegios de San José de los Naturales, en donde los indiezuelos aprendían el español y a escribir en su propia lengua, a más de lecciones de música y los principios elementales de la gramática latina, requirieron muy diversos libros. El Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco empleó libros de filosofía y de autores griegos y latinos, en los que sus estudiantes salieron muy diestros.

A medida que la población en edad de recibir educación creció, se impuso la necesidad de contar con una institución rectora. Por ello se creó la Uni-

**En el siglo XVI salieron de prensas mexicanas cerca de trescientas cartillas, catecismos, doctrinas, vocabularios y artes bilingües y aun trilingües.**

**Los colegios de franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas rivalizaban por la grandeza y excelencia de sus bibliotecas.**

versidad en 1551, la cual empezó a funcionar dos años después, en 1553. Otras instituciones de cultura superior surgieron en 1575, como el Colegio de San Buenaventura en Guatemala, el Colegio Mayor de Todos Santos en 1573 y muchos otros que sería largo enumerar. La Compañía de Jesús, llegada en 1572, la cual tenía como misión esencial educar a la juventud novohispana, durante su acción creó 22 colegios en las poblaciones más importantes del país, 10 seminarios (internados) y 19 escuelas, aparte de las que tenía en Cuba, Santo Domingo y Guatemala.

Los colegios de franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas rivalizaban por la grandeza y excelencia de sus bibliotecas.

Los libros europeos, los más selectos, portadores de las más relevantes doctrinas filosóficas, de las teorías científicas que revolucionaban al mundo, de las letras divinas y humanas, de arte, medicina, arquitectura, agrimensura, de todas las ramas del saber, llenaron los estantes de esas instituciones, al lado de las obras de los doctores de la Iglesia. Al hurgar en las antiguas bibliotecas de colegios y conventos hallamos a Orígenes, Tertuliano, san Agustín, Tomás de Aquino, Suárez, santa Teresa y san Juan de la Cruz, pero también a Tycho Brahe, Copérnico, Newton, Leibniz, Galeno, Erasmo, Soto y, junto a ellos, Séneca, Plinio, Ovidio, Dante, Petrarca y muchos otros escritores representativos del pensamiento universal. La biblioteca de los carmelitas en San Ángel poseía dos de los tratados de Alberto Durer, y ricas colecciones canónicas y conciliares figuran en los anaqueles de los colegios franciscanos y de la Compañía. Junto a ellas nada desmerecían la *Recognitio Sumularum*, la *Dialéctica* y otras obras del introductor de la filosofía en México, fray Alon-

so de la Veracruz, impresas en ediciones magistrales por Juan Pablos, al igual que el *Manuale Sacramentorum* (1560).

Las bibliotecas catedralicias se acrecentaron, y especial cuidado se tuvo con las de los seminarios tridentinos que se establecieron. El gran prelado Juan de Palafox y Mendoza, al crear en Puebla sus colegios seminarios los dotó de rica colección de libros, la cual amplió magníficamente el ilustrado obispo Francisco Fabián y Fuero. Esta biblioteca que afortunadamente se ha preservado y hoy se muestra como biblioteca-museo, revela la magnificencia y esplendor que alcanzaron las bibliotecas de instituciones religiosas en la época colonial. Las bibliotecas de los conventos de San Francisco de México y de Puebla maravillan, al revisar sus catálogos, por las preciosidades bibliográficas con que contaban, y los restos que existen en las bibliotecas conventuales de Celaya y la del Colegio Seminario de Tepotzotlán, muestran la antigua grandeza de sus colecciones, el empeño que se ponía en poseer los libros más excelentes editados en Europa. La Biblioteca Nacional de México, que cuenta con casi dos centenares de incunables (como la quinta parte de los que llegaron a México), debe esa magnífica colección a los conventos y colegios que durante el siglo pasado fueron despojados brutalmente de sus tesoros.

Al lado de las instituciones poseedoras por necesidad de preciadas bibliotecas se formaron las colecciones pertenecientes a los particulares. Por el ansia de saber que poseían, la fortuna que les aseguraba una vida libre de preocupaciones y la pura ansia del coleccionista erudito, durante la Colonia se formaron excelentes bibliotecas. Sabemos que fray Payo Enríquez de Rivera, preconizado obispo



**San Erasmo**

**El XVII fue el siglo de la erudición, de los científicos coleccionistas. Uno de ellos, don Carlos de Sigüenza y Góngora, poseía exquisita biblioteca y rica colección de manuscritos históricos.**

de Michoacán, luego arzobispo de México y por último virrey de la Nueva España (1673-1680), quien fuera introductor de la imprenta en Guatemala, poseía selecta librería, la cual donó a la Congregación del Oratorio establecida en México. De esta biblioteca no nos queda sino la mención.

El XVII fue el siglo de la erudición, de los científicos coleccionistas. Uno de ellos, que había pertenecido a la Compañía de Jesús, don Carlos de Sigüenza y Góngora, distribuía su tiempo entre sus clases de matemáticas y astronomía en la Universidad, su atención como capellán a las monjas de Jesús María y a la escritura de obras de astronomía, de matemáticas, de agrimensura, novelas y preciosos poemas como el que dedicó a la Virgen de Guadalupe. Pues bien, Sigüenza poseía exquisita biblioteca y rica colección de manuscritos históricos. Tanto era su amor por los documentos que, al ocurrir en 1692 un célebre motín y el incendio del palacio virreinal, don Carlos se lanzó en medio de las llamas a salvar el archivo del virreinato.

Contemporánea de Sigüenza y Góngora fue sor Juana Inés de la Cruz, la voz poética más grande del mundo hispanoamericano a finales del siglo. Sor Juana poseía en el convento de San Jerónimo —a más de interesante colección de instrumentos científicos—, al igual que su pariente Sigüenza, una excelente biblioteca, cuyo inventario nos muestra que al lado de libros de teología (la que entendía muy bien), filosofía y espiritualidad, poseía obras poéticas clásicas y muchos de los tratados de los autores herméticos, entre otros Kircher, que le informaban sobre la música y la literatura hermética.

En la primera mitad del siglo XVIII muchos hombres de Iglesia egresados de los colegios seminarios de México, Puebla, Valladolid y Guadalajara, varios

de ellos con grados obtenidos en la Real y Pontificia Universidad, y otros también agraciados con alguna prebenda eclesiástica, se distinguieron por su cultura y saber y formaron también importantes bibliotecas. Entre ellos destaca el doctor Juan José de Eguiara y Eguren, quien fue rector de la Universidad y canónigo magistral de la Catedral, a más de haber sido presentado a la mitra de Mérida de Yucatán, cargo al que renunció. Muy notable también fue don Andrés de Arze y Miranda, canónigo de la catedral angelopolitana, gran predicador y hombre aplicado al estudio que formó excelente biblioteca que posteriormente legaría a los franciscanos de Puebla. Muchos de esos libros paran hoy en los fondos antiguos de la Universidad de Puebla.

El señor Eguiara es un caso típico de sabio y santo. Formó una gran biblioteca que se dispersó a su muerte. Sin embargo dejó a México una obra excepcional, la *Bibliotheca Mexicana*, impresa por él mismo en 1755, y la cual es una "Summa de la Cultura Mexicana", pues con ella realizó el trabajo bibliográfico más importante de México al registrar los nombres de las personas que desde el siglo XVI habían escrito algunas obras, señalando también sus nombres. Esta obra la redactó para mostrar al mundo que México era un país en el que siempre había existido la cultura, tanto en la época prehispánica como en la colonial.

La obra de Eguiara y Eguren, que lamentablemente quedó truncada, había de servir de pauta a obras bibliográficas posteriores que realizaron diversos hombres de Iglesia como Mariano Beristáin y Souza quien, aprovechando el material de Eguiara, redactó su *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional* que, aunque con otro sentido, completa la obra de su predecesor.

**En la primera mitad del siglo XVIII muchos hombres de Iglesia egresados de los colegios seminarios de México, Puebla, Valladolid y Guadalajara, se distinguieron por su cultura y saber y formaron importantes bibliotecas.**

**Desde las cartillas para alfabetizar, los confesionarios, los manuales de párrocos, hasta las grandes obras de filosofía, ciencias y literatura, tenemos un conjunto de libros, que honran a cualquier nación culta.**

No podemos dejar de mencionar a otros notables hombres de Iglesia, quienes con exquisito cuidado atendieron a la formación de excelentes bibliotecas que legaron a la Catedral de México para que sirvieran de consulta al cuerpo capitular y a los maestros y estudiantes del Seminario. Me refiero a don Luis Antonio Torres Quintero y a sus sobrinos, Luis y Cayetano Torres, quienes lograron formar un acervo incluso mayor a los doce mil volúmenes que donaron a la Catedral y proveyeron igualmente en 1788 un vasto local para albergar ese fondo que llevó el nombre de Biblioteca Turriana. Con la desamortización de bienes eclesiásticos e incautación de los bienes de la Iglesia, buena parte de ese fondo pasó a formar parte del rico acervo de la Biblioteca Nacional.

Más pudiéramos decir de la relación Iglesia-libros-cultura que existió durante los tres siglos de dominio colonial. Miles de eclesiásticos no sólo cumplieron con el lema *Ora et labora* sino que su acción evangelizante y civilizadora siempre estuvo en contacto con los libros, utilizados como instrumentos valiosos para realizar su labor. Desde las cartillas para alfabetizar, los confesionarios y los manuales de párrocos, hasta las grandes obras de filosofía, ciencias y literatura, tenemos un conjunto de libros, la mayor parte producidos e impresos aquí y que honran a cualquier nación culta, como medios de llevar la luz evangélica a los naturales y crear una sociedad en la que el libro es la vía para recibir los más ricos dones del pensamiento universal y para transmitir el mensaje que cada individuo quiere dar a su prójimo.

El libro, el guardador de las verdades reveladas, el libro por excelencia, es la Biblia. Los evangelistas nos dejaron en cuatro maravillosos libros los pre-

ceptos y narraciones del Salvador. Éstos siempre han estado presentes en la labor cristianizadora realizada en nuestras tierras y han sido la base para formar nuestra cultura. Por ello debemos hacer una exhortación para que los libros sigan acompañando su acción y para que el tesoro bibliográfico mexicano sea bien conservado, organizado y estudiado. México es el poseedor del patrimonio bibliográfico más rico y abundante en Hispanoamérica. Estemos conscientes y orgullosos de ello y contribuyamos a salvar ese patrimonio mediante el cual recibimos la fe y la civilización.

**México es el poseedor del patrimonio bibliográfico más rico y abundante en Hispanoamérica.**

